

quilo y sonriéndose se quitó la casaca y los vuelos de las mangas.

— ¿Será el agua? dijo el verdugo.

— Sí, le agua primero, respondió d'Argensón.

Pasaron las cuerdas por los anillos, acercaron los taburetes de tijera, y llenaron las ollas: Gastón permaneció impasible.

D'Argensón reflexionaba.

Pasados diez minutos de meditación, que parecieron un siglo al caballero dijo d'Argensón con acento de despecho: « Volvedle á la Bastilla. »

## XXIV

**En que se refiere la vida que se pasaba en la Bastilla mientras se estaba esperando la muerte**

Gastón iba á dar gracias al jefe de la policía, pero se detuvo, porque reflexionó que hubiera sido manifestar que tenía miedo. Tomó pues su casaca y su sombrero, se abrochó los botones de las mangas, y volvió á la Bastilla por el mismo camino que había venido.

— No han querido dar tormento á un noble, decía Gastón para sí, mientras le conducían á su encierro; se contentarán con juzgarme y condenarme á muerte.

Pero al menos la amenaza del tormento tuvo una ventaja para el joven: la idea de la muerte le parecía ya natural y aun lisonjera, siempre que no fuese acompañada de los suplicios preliminares que d'Argensón se había tomado la molestia de describirle con tanta exactitud.

Luego que entró en su encierro le pareció agradable, así como una hora antes se le había figurado horrible: las más tristes sentencias escritas en las

paredes eran madrigales comparadas con las amenazas materiales que presentaban las tapias de la sala del tormento; y hasta los calaboceros le parecieron á Gastón caballeros de finos modales en comparación de los verdugos.

No bien había trascurrido una hora en la contemplación de estos objetos, cuando el gobernador de la Bastilla entró á buscarle seguido de un llavero.

— Comprendo, dijo Gastón mentalmente; el convite del gobernador es sin duda efecto de la orden que tiene en semejantes casos para quitar al preso las angustias del suplicio. Voy sin duda á entrar en algún cuarto del Olvido, á caer en él y morir. ¡Cúmplase la voluntad del Señor!

En seguida Gastón se levantó con firmeza, saludó con melancólica sonrisa el cuarto que abandonaba, echó á andar en pos del gobernador, y cuando llegó á las últimas rejas, se admiró de no haber caído todavía. Mas de diez veces había pronunciado el nombre de Elena; pero ningún accidente experimentó, y después de haber atravesado el puente levadizo, entró en el patio de la casa del gobernador, y por último en el aposento de éste.

— ¡Me dais vuestra palabra de honor, dijo al entrar Mr. Delaunay al caballero, de no hacer ninguna tentativa para escaparos en todo el tiempo que permanezcáis en esta habitación? Con el bien entendido, añadió sonriéndose, que una vez con-

ducido á vuestro encierro, quedáis dispensado de vuestra palabra, siendo yo entonces quien deberé tomar mis precauciones para asegurarme de la continuación de vuestra compañía.

— Os doy mi palabra, caballero, respondió Gastón, con las condiciones que acabáis de expresar.

— Muy bien, entrad, pues que os aguardan.

El gobernador condujo al joven á un salón lujosamente amueblado, aunque al estilo de Luis XIV, que comenzaba á caer ya en desuso. Gastón quedó deslumbrado al ver la sociedad numerosa y elegante que había allí reunida.

— Tengo el honor, señores, dijo el gobernador, de presentaros al caballero de Chanlay.

Después, nombrando á su vez á cada una de las personas que estaban presentes, repuso:

— El señor duque de Richelieu.

— El señor conde de Laval.

— El caballero Dumesnil.

— El caballero de Malezieux.

— ¡Ah! exclamó Gastón sonriéndose y saludando, toda la conspiración de Cellamare.

— Menos el duque y la duquesa del Maine, y el príncipe de Cellamare, replicó el abate Brigaud, saludando á su vez.

— ¡Ah! caballero, dijo Gastón en tono de reconvencción; olvidáis al caballero d'Harmental y á la ilustrada señorita de Launay.

— D'Harmental continúa en cama de resultas de su herida, dijo Brigaud.

— La señorita de Launay, repuso el caballero Dumesnil, lleno de alborozo al ver entrar á su dama; aquí está ya, caballero: hoy nos dispensa la honra de comer con nosotros.

— Tened la bondad de presentarme á ella, replicó Gastón; entre presos se gastan pocas ceremonias; cuento con vuestra complacencia.

El caballero Dumesnil tomó á Gastón de la mano y le presentó á la señorita de Launay.

Sin embargo, por mucho imperio que tuviese Gastón sobre sí mismo, no pudo impedir que su fisonomía móvil expresase cierta admiración.

— ¡Ah! caballero, exclamó el gobernador, ¿conque habéis creído, como la mayor parte de los parisienses, que yo devoraba á mi presos?

— No, señor, respondió Gastón sonriéndose; pero por un instante he creído que el honor de comer con vos había quedado aplazado para otro día.

— ¿Cómo pues?

— ¿Tenéis por costumbre para abrir el apetito á vuestros presos, hacerles dar antes de la comida el paseo que...

— ¡Ah! ¿sois vos el que iba hacé poco al tormento?

— Yo mismo, señorita, respondió Gastón, y creed que no ha sido menester menos para dete-

nerme tanto tiempo lejos de tan agradable compañía.

— ¡Ah! caballero, dijo el gobernador; de esas cosas no tengo yo la culpa, pues no están comprendidas en la esfera de mis atribuciones. Á Dios gracias, soy militar, y no juez. No confundamos las armas con la toga, como dice Cicerón; mi deber es guardaros, impediros que os fuguéis, y haceros la mansión en la Bastilla lo más agradable que sea posible; el oficio de Mr. d'Argensón es daros tormento, decapitaros, ahorcaros, enrodaros, descuartizaros si puede. Quedémonos cada uno en el lugar que le corresponde. Señorita de Launay, ya nos anuncian que estamos servidos, continuó el gobernador viendo que se abrían las dos hojas de la puerta; tened la bondad de aceptar mi brazo. Perdonad, caballero Dumesnil, estoy seguro de que me conceptuáis un tirano, pero soy el dueño de la casa y uso de mis privilegios. Á la mesa, señores, á la mesa.

— ¡Oh! ¡qué horrible cosa es la prisión! dijo levantándose delicadamente los vuelos de las mangas el duque de Richelieu, colocado entre la señorita de Launay y el conde de Laval: esclavitud, hierros, cerrojos, cadenas...

— ¿Queréis de esta sopa de cangrejos? repuso el gobernador.

— Sí, señor, con mucho gusto; vuestro cocinero la guisa muy bien, y siento en verdad que el mio-

no haya conspirado conmigo para que pudiera aprovecharse aquí de sus lecciones.

— Señor conde de Laval, añadió el gobernador, á vuestro lado tenéis vino de Champagne; no olvidéis á vuestra vecina.

Laval llenó con aire taciturno un vaso de aquel vino, y lo apuró de un trago.

— Lo mando traer de Ai directamente, volvió á decir el gobernador.

— Me daréis las señas de la casa del cosechero, ¿no es verdad, Mr. Delaunay? dijo Richelieu; porque si el regente no me manda cortar la cabeza, deseo beber siempre de ese vino... ¿qué queréis? me he hecho poltrón en las tres temporadas que he pasado aquí y soy ya un animal de costumbre.

— En efecto, repuso el gobernador, tomad ejemplo del duque de Richelieu, caballero; es uno de mis más asiduos acompañantes; por eso tiene ya su cuarto dispuesto en la Bastilla, y nadie entra en él en su ausencia, á no ser que no haya otros disponibles.

— Ese cruel regente podría ser que nos obligase á conservar á cada uno el nuestro, replicó Brigaud.

— Señor abate, trinchad esas perdices, dijo el gobernador; siempre he notado que los hombres de Iglesia son muy hábiles en este ejercicio.

— Me hacéis demasiado favor, caballero, respondió Brigaud, acercándose la fuente de plata en que estaban las perdices, y poniéndose á trincharlas

inmediatamente con una destreza que probaba que Mr. Delaunay era buen observador.

— Señor gobernador, dijo el conde de Laval en desabrido tono, ¿tendréis la bondad de decirme si habéis sido vos el que ha dado orden para que vayan á despertarme á las dos de la mañana, y de explicarme qué nueva persecución es esta?

— No ha sido mía la culpa, señor conde, contestó el gobernador, sino de estas señoras y caballeros, que no quieren absolutamente guardar silencio, á pesar de los consejos que les doy todos los días.

— ¡Nosotros! exclamaron á una voz todos los convidados.

— Sin duda, repuso el gobernador: se cometen en los encierros mil infracciones de los reglamentos; á cada momento me vienen á decir que hay comunicaciones, billetes, correspondencia entre los presos...

Richelieu soltó la carcajada; la señorita de Lanunay y el caballero Dumesnil se pusieron encendidos como la grana.

— Pero de eso hablaremos á los postres, añadió el gobernador. Señor conde de Laval, á vuestra salud... ¿No bebéis, caballero de Chanlay?

— No, señor, pero escucho.

— Decid más bien que estáis distraído.

— ¿Y en qué pensáis? preguntó Malezieux.

— ¿En qué queréis que piense un mancebo de 25 años? Bien se conoce que sois viejo, señor

poeta. Claro está que en su querida, ¡ pardiez !

— ¿ No es verdad, caballero, continuó Richelieu, que vale más tener la cabeza separada del cuerpo, que éste del alma ?

— ¡ Ah ! ¡ bravo, bravo, magnífico ! exclamó Malezieux ; buen pensamiento, bonita idea ; quiero hacer unos versos con ella para madama del Maine :

Vale más que de un tajo separada  
De' cuerpo caiga mi cabeza á tierra  
Que separar de su alma el cuerpo mio.

— ¿ Qué decis del pensamiento ahora que está en verso ? preguntó Malezieux.

— Que vale algo menos que cuando estaba en prosa, señor poeta, dijo el duque.

— Á propósito, interrumpió Laval, ¿ hay noticias de la corte ? ¿ se sabe cómo sigue el rey ?

— Señores, señores, exclamó el gobernador, os ruego que no se hable de política ; hablemos de bellas artes, de poesía, de literatura, dibujo, guerra y aun de la Bastilla, si gustáis ; prefiero esto á la política.

— ¡ Ah ! sí, hablemos de la Bastilla : ¿ qué habéis hecho de Pompadour, señor gobernador ? dijo Richelieu.

— Señor duque, he tenido el gran disgusto de que me haya obligado á ponerle en un calabozo.

— ¿ En un calabozo ? preguntó Gastón, ¿ qué ha hecho para ser tratado así ?

— Ha dado de golpes á su ordenanza.

— ¿ Desde cuándo, replicó el duque, no puede un noble golpear á sus criados ?

— Los ordenanzas son criados del rey, respondió sonriéndose el gobernador.

— Decid del regente, repuso Richelieu.

— La distinción es ingeniosa.

— Pero no por eso es menos justa.

— ¿ Queréis de este vino de Champagne, señor Laval ? preguntó el gobernador.

— Si, señor, si queréis beber conmigo brindando por la salud del rey.

— De muy buena gana, con tal de que brindéis también conmigo á la del regente.

— Señor gobernador, contestó Laval, no tengo sed.

— Ya lo creo, dijo el gobernador, acabáis de beber un vaso de vino de la misma bodega de S. A.

— ¡ Cómo de S. A. ! ¿ este vino es del regente ?

— Me ha hecho el honor de enviármelo ayer, sabiendo que algunas veces me concediais el placer de acompañarme.

— En ese caso, exclamó Brigaud, arrojando el vino al suelo, este vino es veneno, *venenum furens* ; dadme de ese otro, Mr. Delaunay.

— Alcanzad esa botella al abate, dijo el gobernador.

— ¡ Oh, oh ! gritó Malezieux, ¡ el abate vacía el vino sin beberle ! Abate, no os creía tan fanático por la buena causa.

— Apruebo vuestra conducta, abate, replicó el duque, si el vino es [contra vuestros principios; solamente que habéis hecho mal en tirarlo, porque lo conozco y es efectivamente de las bodegas del regente; no hallaréis ningún vino semejante, á no ser el del Palacio Real. ¿ Tenéis mucho, señor gobernador?

— Tan sólo seis botellas.

— ¿ Veis, abate, qué sacrilegio habéis cometido? ¡ Qué diablo! con haber dado el vino á otro, ó vaciarlo de nuevo en la botella... Este era su lugar y no en el suelo, *vinum in amphoram*, como decía mi dómine.

— Señor duque, contestó Brigaud, me tomaré la libertad de deciros una cosa, y es que no sabéis el latín tan bien como el español.

— No lo sé mal, abate, dijo Richelieu; pero hay otra lengua que yo no conozco á fondo y quisiera aprenderla, y es el francés.

— ¡ Bah! exclamó Malezieux, sería tarea muy larga y fastidiosa, señor duque, y no tenéis necesidad de ser admitido en la academia.

— ¿ Y vos, caballero, dijo Richelieu á Gastón, habláis también el español?

— Dicen que estoy aquí por haber abusado un poco de esa lengua.

— Señores, repuso el gobernador, os advierto que si se vuelve á hablar de política, me veré obli-

gado á levantarme de la mesa, aunque todavía no hemos concluido, lo cual sería desagradable; y no creo que vuestra cortesania consintiese en que os quedarais euando yo me marchara.

— Vamos, dijo Richelieu, decid á la señorita de Launay que nos hable de matemáticas; esto no incomodará á nadie.

La señorita de Launay se estremeció como si saliera repentinamente de un sueño: colocada en frente del caballero Dumesnil, se había empeñado con él en una conversación de miradas, que no podía inquietar al gobernador, pero que en cambio disgustaba mucho al segundo de la Bastilla, que era Maison-Rouge, el cual estaba enamorado de la señorita de Launay y hacia todo lo posible por agradarla; pero en vano, porque se le había adelantado el caballero Dumesnil.

Gracias á la prevención del gobernador, en el resto de la comida no se trató del regente ni de su ministro. Los presos, cuyas reuniones estaban autorizadas por el primero, se comprometieron á hablar de otra cosa, y Gastón pudo decir que nunca había comido con sociedad más agradable.

Por otra parte, su curiosidad se hallaba vivamente excitada. En aquella reunión había personajes, cuyos nombres eran doblemente célebres por su cuna ó talentos y por la fama que les diera la conspiración de Cellamare. Pero lo más extraordinario fué que todos aquellos personajes, grandes

señores, hombres á la moda, y poetas, le parecieron á la altura de su reputación.

Terminada la comida, el gobernador dispuso que condujesen á cada preso á su cuarto: todos le dieron gracias por su cortesía, sin advertir que, á pesar de la palabra que se les había exigido, las dos habitaciones próximas al comedor estaban llenas de soldados, y que durante la comida habían sido tan vigilados que les hubiera sido imposible dar ni recibir el menor billete.

Gastón estaba asombrado: este régimen de una prisión, de que no se hablaba sino con espanto; este contraste de la escena que había pasado dos horas antes en la sala del tormento, á donde le habían llevado por orden d'Argensón, con la que acababa de pasar en la habitación del gobernador, trastornaba todas sus ideas. Cuando llegó su turno de retirarse, saludó á Delaunay, y entablando otra vez la conversación que había tenido con él por la mañana, le preguntó si sería posible tener navajas de afeitar, pues semejantes instrumentos le parecían necesarios para presentarse entre tan elegante sociedad.

— Caballero, contestó el gobernador, siento infinito negaros una cosa, cuya necesidad comprendo lo mismo que vos; pero el reglamento prohíbe que se afeiten los presos sin permiso del jefe de la policía; entrad en mi gabinete, allí encontraréis papel, plumas y tinta: le escribiréis, yo le remitiré la

carta, y no dudo que recibiréis bien pronto la respuesta que deseáis.

— Pero, replicó el caballero, esos señores con quienes acabo de comer, tan perfectamente vestidos y afeitados, ¿tienen algún privilegio?

— Nada de eso, sino que han solicitado lo mismo que vos tenéis que hacerlo; el duque de Richelieu, á quien habéis visto tan bien peinado y afeitado, ha permanecido por espacio de un mes con una barba como un patriarca.

— Apenas puedo conciliar esa severidad en los pormenores más insignificantes con la reunión libre y franca que acabo de ver.

— Caballero, dijo el gobernador, yo también tengo mis privilegios, que no llegan hasta el punto de poder daros navajas de afeitar, ni plumas ni libros; pero que me dejan la libertad de convidar á mi mesa á aquellos presos á quienes deseo favorecer, bajo la suposición, añadió sonriéndose, que este convite sea un favor. Verdad es que tengo orden de dar cuenta al jefe de la policía de lo que puede decirse contra el gobierno; pero no permitiendo que se hable de política, estoy dispensado, como veis, de violar la hospitalidad de mi mesa, dando cuenta de las conversaciones que en ella se tengan.

— ¿Y no se teme, caballero, que esta intimidación entre vos y los presos produzca de vuestra parte

una indulgencia que no esté en la mente del gobierno?

— Conozco perfectamente mis deberes, replicó el gobernador; mis convidados de hoy, tales como los habéis visto y sin que ninguno de ellos pueda quejarse de mí, han pasado ya más de una vez desde sus cuartos al calabozo, y uno sigue todavía en él. Las órdenes del gobierno se cumplen aquí con la más estricta puntualidad: las recibo, las hago ejecutar, y mis huéspedes, que saben que no tengo la menor parte en ellas, sino que por el contrario las dulcifico todo lo posible, no me guardan por eso ningún rencor; espero que vos haréis lo mismo, si, como no creo, llegase alguna orden con respecto á vuestra persona que no fuese conforme á mis deseos.

Gastón se sonrió tristemente, y dijo:

— La precaución no es inútil, porque dudo me dejen gozar mucho tiempo del placer que he tenido hoy. En todo caso, prometo no atribuir culpa alguna en los acontecimientos fatales que puedan sobrevenir.

— Vos tendréis, sin duda, algún protector en la corte, dijo el gobernador.

— Ninguno, respondió Gastón.

— Algún influjo benéfico que vela por vos.

— No le conozco.

— Entonces hay que contar con la fortuna.

— Nunca me ha puesto buena cara.

— Razón de más para que se haya cansado de seros contraria.

— Por otra parte, soy bretón, y en Bretaña no creemos más que en Dios.

— Suponed que es eso lo que he querido decir cuando he hablado de la fortuna.

Concluida esta conversación, hizo Chanlay su solicitud, y se retiró satisfecho de los modales y carácter de Delaunay.